

¡Qué tiempos éstos!

Chiño

Profe, te gusta la pelota que me compraron mis padres mañana? Aunque suene exagerada la confusión, las maestras de educación infantil están más que habituadas a escuchar estos pequeños dislates. La identificación de los colores y de símbolos sencillos, el reconocimiento de la imagen corporal propia, el análisis de las relaciones espaciales entre los objetos, constituyen parte de los programas de las primeras edades de la persona. La maestra de infantil sabe de sobra que los conceptos relacionados con el tiempo son de comprensión tardía y que han de ser tratados con paciencia, ya que las mentes de los niños están ancladas en la inmediatez del presente.

Pero no sólo a los parvulitos les cuesta controlar el ayer, el hoy y el mañana. Desde el comienzo de los homínidos, todas las civilizaciones se han preguntado por el sentido del tiempo, sobre su incardinación e influencia en la vida de las personas. Recordemos que las disquisiciones sobre el tiempo que se registran en la historia del pensamiento, son una constante desde los atomistas de la antigüedad: todo filósofo que se precie ha dedicado parte de su obra a analizar y escudriñar este concepto tan volátil e intangible, tan permanente y escurridizo. La literatura también da cuenta de que el tiempo es una constante asociada a las disquisiciones de la persona. Autores hay, que escriben para dar cuenta de su propia existencia, para trascenderse a sí mismos, para perdurar en el tiempo.

Aunque queramos sacar trascendencia al asunto, la congoja existencial no cesa de merodear en nuestras cabezas. Ni siquiera el desarrollo de la ciencia y de la tecnología nos da respuestas inequívocas. Las máquinas que desde la antigüedad se han inventado para medir el paso del tiempo no son plenamente fiables para su cometido, pues el propio **Einstein** se enfrentó al convencimiento común de que el tiempo es una constante sin condicionamientos externos. En nuestros días, experimentos con relojes atómicos –los de mayor precisión– denotan que, sometidos a un desplazamiento a grandes velocidades, marcan diferencias en su cómputo, de tan sólo millonésimas de segundo, pero denotadoras de que la medida varía, de que el tiempo no es un concepto absoluto.

Con estos previos se entiende un poco mejor la polémica sobre el fin de año. ¿Cambiamos sólo de año, o también de década y de centuria? ¿Entraremos ya en el nuevo milenio o esperaremos un año más? ¿Será posible que cada ciudadano decida por sí mismo su propio calendario, optando por su entrada en el milenio en el año 2000 o en el 2001?

Sin haber respuestas definitivas al respecto, el mercado y la nueva fe en la ciencia y en la tecnología se irán encargando de poner las cosas en su sitio. A Jerusalén se han desplazado ya expertos americanos para controlar los pasos de peligrosas sectas, que aprovechan estas fechas propicias para divulgar el milenarismo y el inminente apocalipsis. Gobiernos y organismos internacionales han puesto en guardia a la población con el efecto 2000, prevención que ha desembocado en un gasto adicional en sistemas de seguridad, en abastecimientos y en programas informáticos. Si el milenio se acaba en diciembre del 2000, no está descartado que se declare otro efecto 2001 y que surjan nuevas sectas, aquéllas que se rían de los que se inmolaron con un año de anticipación sobre la fecha auténtica.

En medio de tanta conjetura sobre este fin de año, a modo de reflejo de supervivencia, sólo el escepticismo –estimulado con un par de nécoras y un buen alvaríño– nos ayudará a superar estos tormentos, que se añaden a los habituales de la cita navideña anual. No

obstante, acabándose el milenio este diciembre o el del año que viene, sí que se han detectado signos un tanto desconcertantes, quizás reveladores porque entramos en una fase distinta de la humanidad. A los hechos me remito: **Jesús Gil** limita sus aspiraciones políticas tras diez años de actividad; el *Rayo Vallecano* se mantiene en los primeros puestos tras casi cien años de liga; la Iglesia Católica se reconcilia con **Lutero** y con los protestantes tras 500 años de desencuentro; la Abufa –*Asociación de Burros Fariñeiros*, recientemente constituida en Brión, cerca de Santiago- pelea para que el burro fariñeiro –harinero- se reconozca en el Stud Book de las razas de España y tras miles de años de desconsideración, afirma con vehemencia, enfrentándose a la convicción general, que los burros son inteligentes. Para sobrevivir a este 31 de diciembre, añadiremos a las nécoras un poco de bacalao con coliflor regado con un Rioja. No podemos sucumbir a este nuevo apocalipsis